

Antonio Dávila García

LA SIEGA

*Vieron mis ojos la luz, en la Serena Extremeña
junto a encinas centenarias, el firmamento y la brisa.
En mi recuerdo lejano de aquellas venerable tierras,
las cigüeñas en las torres, labradores en la siega,
irisados aleteos, flotando por las dehesas
sobre alas de mariposas, dibujando la floresta.
Ocres sierras de verano, canchales de yertas piedras,
alcornoques, olivares, regatos que serpentean,
universo de chaparros, cobijadores de ovejas,
hijos de la Extremadura, nacidos de sus esencias.
Cabizbajos van del brazo, el paisano y la miseria,
el jornal que apenas llega, el fiado, la pobreza,
la despensas campesinas, exultantes de carencias
la alacena de otros pocos, rebosantes de existencias,
frutos de nuestros sudores, que florece en casa ajena.
Después maletas, distancia, bajo el horizonte,
El Mar.*

Parte Primera

Mis recuerdos de niño son rebanadas de pan con aceite y azúcar, atardeceres caminando entre olivos asustado por el canto de un mochuelo.

Alguna vez dormí en la era junto a mi padre, con paja de la parva y una manta de lana me hacía un suave jergón, por almohada el cielo. Miles de estrellas parpadeando sobre el fondo azul violáceo del firmamento, tintineo de campanillas de las mulas maniatadas, mientras una suave y tibia brisa me acariciaba la cara, cerrando por fin los ojos al sueño.

Recuerdo una fuente clara entre cerros donde crecía la juncia, la hierba suave y fresca acariciaba mis pies descalzos, mientras, la Chacha lavaba en el arroyo, restregando el jabón contra el ropaje sobre una lancha de piedra, así transformaba los sudores de la siega y el polvo de los caminos en blanca espuma.

Las transparentes pomporas de jabón flotaban como una armada en formación, deslizándose sin prisas sobre el agua cristalina, deteniendo su caminar junto a unas adelfas dando la sensación de haber llegado a puerto.

Me contaron, cuando yo era chico que a mi padrino el Chacho Antonio, lo crió su padre, pastor de vocación y oficio con leche de cabra, pues su madre murió cuando él nació.

En las angarillas que la burra portaba le hizo una pequeña cuna, al calor de la pollina arrullado por las esquilas de las ovejas, contempló las dehesas y los campos donde habitaba el rebaño. Así tiró para adelante el Chacho. Entre jaras, encinas y tomillo, los sonidos y aromas del campo alimentaron su ser desde su más tierna infancia.

Recuerdo que mientras la Chacha lavaba, él cogía unas cuantas costillas y las colocaba en la solana del cerro que lindaba con la Fuente del Hijuelo, las disimulaba con mimo y talento, con un grano de trigo o una alada hormiga formaba la señuelo, el reclamo lo completaba con un poco de paja, bajo la cual ocultaba las costillas. La cosecha de alondras, chorovias y trigueros estaba garantizada antes de que el sol señalase el ocaso.

Terminada la siega en el lejano año de 1.956, estaba la casa llena de costales de trigo, en el pasillo y en el zaguán se apilaban entrelazados contra las paredes, formando una muralla de tela y semilla que llegaba hasta el techo de la vivienda.

En el “doblao” el grano se esparcía por el suelo, me gustaba subir al desván y despojarme de las sandalias para pisar las semillas amontonadas, la sensación

que experimentaba era la misma que sentía cuando chapoteaba en el arroyo del Hijuelo, los menudos granos acariciaban las plantas de mis pies, causándome un cosquilleo del que quería escapar, sin embargo volvía a pisarlos una y otra vez, hasta que cansado de repetir la operación me dejaba caer sobre el blando lecho que el trigo me ofrecía.

Me quedaba quieto, mirando los "murgaños" que pendían de brillantes hilos de seda sujetos a las vigas de eucalipto. Las telarañas formaban un telar bajo las tablas de pino sobre las que descansaban las viejas tejas de la techumbre.

Una mañana al bajar del "doblao" vi a mi padre hablar con mi madre, noté un gesto de preocupación en los dos, la Chacha los observaba en silencio, me di cuenta como con disimulo acercó el moquero a sus ojos y secó algo que a mí me parecieron lágrimas, yo no entendía el porqué, me cogió de la mano y pasillo abajo me llevó hasta el umbral de la casa, allí me senté sobre la tibia cantería de la puerta.

Un carro sin prisas pasaba frente a donde me encontraba sentado, las ruedas, como una noria sin fin, perseguían chirriantes y monótonas el cansino paso de las mulas, el sonido de las pezuñas al contactar con el empedrado se iba, poco a poco, alejando de donde yo estaba, el distanciamiento lo notaba más a través del ruido de las herraduras que por la partida del carro.

Calle abajo una mujer de luto, con un cántaro de agua sobre la cabeza caminaba con parsimonia, me pregunté como se apañaban las mujeres para cargar con el cántaro encima de sí, sin caérsele al suelo. Cuando la mujer desapareció de mi vista, levanté la mirada al cielo, las casas, situadas a mí espalda impedían que los rayos del sol molestasen mis ojos.

Una bandada de vencejos traspasaba el azulado cielo, persiguiéndose sin descanso, trazando un sin fin de veloces e increíbles piruetas, dejando tras de sí una estela de estridentes chillidos. Las blancas y esponjosas nubes que les servían de fondo caminaban silenciosas, hasta desaparecer tras los tejados de las casas de enfrente. Sabía que no tardando mucho las estelas de cirros que ahora recorrían los veloces vencejos, las ocuparían las sonoras grullas volando de regreso tras las erráticas nubes a las dehesas milenarias trayéndonos en sus picos el próximo otoño. Observe por encima de mí, como un enlutado escarabajo escalaba la blanca pared de cal, buscando refugio bajo el fresco alero ante el calor que la mañana anunciaba. De esta manera observando en silencio la calle y el cielo, pasé un largo rato sin saber que aquellos momentos de examen y cautela eran los últimos que pasaría en mi añorado pueblo.

Después de comer, me encontraba de nuevo sentado en mi lugar de observación cuando mi pequeño hermano Manolito, con pasitos de gorrión se acercó a

mí chapurreando algunas palabras, me abrazó con fuerza, lo cogí sobre mis rodillas y juntos nos escapamos de cuentos. Yo le contaba las historias de ovejas, pastores y lobos que me relataba el Chacho, le cantaba canciones que nuestra madre en tardes invernales me enseñaba al abrigo del brasero, me gustaba verle con su boquita abierta siguiendo la narración del cuento, mirándome con sus ojillos despiertos y su carita risueña, recuerdo que Monolito ya desde muy chico utilizaba su mano izquierda para todo, a la Chacha no le gustaba, decía que utilizar la mano izquierda para hacer o pedir algo era ofender a Dios, así que a mi hermano se le reprendía cada vez que su manita izquierda era empleada en hacer cualquier cosa.

Parte segunda

Nos distrajo de nuestras fábulas un perrillo vagabundo marrón y canela, que nos observaba, desde una prudente distancia, tenía la mirada desconfiada y triste, yo le dije ¡ven canelo! el perrillo agitando su inquieto rabito se acercó a nosotros, Manolito enseguida acarició su lomo menudo, el can agradecido le devolvió el cumplido con un lametazo en la cara, era seguro que el animal no había recibido un gesto amigo desde mucho tiempo atrás, quizás su madre cuando era un cachorrillo fue quién le regaló su última caricia.

Dejé a mi hermano jugando con Canelo, me acerqué a la despensa para coger algún resto de la comida del mediodía, se lo ofrecí al perrillo, este lo devoró con urgencia, cuando terminó de comer, se tumbo sobre el empedrado de la calle cerrando sus ojos, pasado un buen rato se acercó hasta nosotros, movió de nuevo su inquieta cola y tal como vino se fue, en silencio. Mientras se alejaba giró su cabeza un par de ocasiones, como diciéndonos adiós, poco a poco desapareció la calle arriba.

Me quedé pensando que sería en adelante del perrillo al que con seguridad no volvería a ver, ¿ocurriría esto también con las personas?, pero esta pregunta con mis pocos años no tenía contestación, solo el paso del tiempo me enseñaría la respuesta.

Al día siguiente un camión de grandes ruedas, renqueando se paró frente a mi casa, recuerdo que por la parte alta del motor salía una nubecilla blanca muy parecida a la que producía el puchero cuando hervía en la lumbre, el traqueteo de la máquina era tan grande que parecía que se iba a escacharrar en cualquier momento. Los niños de la calle rodeamos el vehículo con curiosidad, de la cabina bajaron dos personas, una de ellas con un raído mono azul del cual pendía en su parte de atrás un trapo sucio, llevaba un cigarrillo en la comisura de los labios, sin tan siquiera quitárselo de la boca expulsaba bocanadas de humo, a la vez que

le hacia alguna indicación a su compañero de cabina. Entraron en mi casa y no tardando mucho salieron de nuevo a la calle acompañados por mi padre y el Chacho, que en un santiamén quitaron las partes laterales y trasera del camión dejándolo despanzurrado. Comenzaron a trasladar los costales de trigo que hacían de mi casa una fortaleza de altas murallas a la tabla rasa del camión, les costó toda la mañana trasladar los costales al vetusto vehículo, una vez terminaron la operación el chofer puso de nuevo el jadeante motor en marcha y traqueteando la carretera adelante fue desapareciendo poco a poco. Cuando lo perdí de vista entré en la casa y tan solo unos pocos granos esparcidos por el suelo quedaban como testimonio de los amontonados sacos que a mí me hacían soñar con castillos medievales.

Pasaron los días con infinita calma y con la misma quietud mi madre fue preparando el baúl y las maletas, en ellas arrebujadas entre ropa de domingos y enseres de cocina metimos nuestras vidas, junto a nuestros sueños y esperanzas. No había enviado el sol los primeros rayos a calentar la solana de la Sierra Lora, cuando mi madre me despertó suavemente, diciéndome que era ya hora de levantarse.

El día de la partida había llegado.

Me vestí despacito, acomodándome los calzoncillos de algodón, la camiseta de tirantes, el pantalón corto de pana, la abotonada camisa y un jersey verde de punto que la Chacha me había hecho a mano, salí de la habitación, en el zaguán esperaban silenciosas dos viejas maletas y un voluminoso baúl.

Mostraban las maletas un prominente abdomen reflejo de su contenido, los refuerzos de vara de castaño fortalecía su estructura impidiendo que reventaran, unas cuerdas de esparto atadas alrededor ayudaban a mantenerlas firmes.

El baúl de madera con su abombada tapa abierta, mostraba su intrincado interior, lleno de objetos pacientemente acomodados entre sí, de manera que parecía que ni el propio aire podría penetrar en él. Tenía el baúl varios goznes en uno de sus lados, en la parte contraria dos relucientes cerraduras aseguraban la intimidad de su interior.

Entre el baúl y las maletas una pareja de cestas de mimbre, de ovaladas tapas y vertical asidero, componía la intendencia de nuestro incierto y dilatado viaje a las tierras del norte. Me acerqué al lavabo, la encimera de oscuro y brillante roble, acogía una blanca y limpia jofaina de porcelana llena de agua, la parte trasera del vetusto mueble servía como soporte a un viejo espejo al que, el paso de los años, había ido enmoheciendo el cometido de reflejar en sí toda imagen que se le colocara enfrente.

Metí las manos dentro de la palangana y llevé el agua a enjuagarme la cara, el espejo reverberaba con dificultad las gotas de agua deslizándose sobre mis tostadas mejillas, sequé manos y cara con una toalla de delicada blancura, me acerqué a la lumbre, perenne prisionera de la negra chimenea, a contemplar el chisporroteo que producían las ascuas de los mutilados troncos, que daban bienestar y calidez al amanecer del día.

Tomé asiento en la camilla oculta bajo unas enaguillas de terciopelo, situada junto al fuego de la chimenea. Un plato de deliciosas migas junto a un humeante tazón de leche me esperaban encima de la mesa, comí con agrado las sabrosas migas, reservando unas pocas para comérmelas mezcladas con la leche.

Parte tercera

Habitaba en el corral una blanca cabra mocha a la que llamábamos Lunera, tenía dibujado en uno de sus costillares una silueta de color ocre semejante a la luna creciente, este era el motivo de su apelativo, era un animal dócil y esbelto, sus abundantes ubres nos proporcionaban la deliciosa leche que consumíamos todos los días.

Cuando terminé de desayunar salí al corral, traspasado el umbral arrimada a la pared una pila de granito llena de agua. Servía la pila de abrevadero a los animales que en el corral y en la cuadra tenían su aposento. En días estivales de calor y moscas, me gustaba chapotear en la pequeña pila y salpicar a las gallinas y al gallo Morito.

Separada de la pila, una red de alambre de figuras hexagonales entrelazadas en toda su longitud y altura cerraban el espacio existente entre la pared de la casa y la del pajar, el muro que dividía nuestra casa y la de al lado completaba el rectángulo que servía de recinto para las gallinas. En medio de la alambrada, un marco de madera hacía de soporte para la puerta que daba acceso al interior del gallinero.

Tenía Morito una erguida cresta roja, las plumas relucientes como ascuas encendidas, el penacho de su lustrosa cola se asemejaba a una cimbreante hoz, siete escaradoras gallinas completaban el transitado gallinero.

Todos los días con la llegada del alba el kikikiki del gallo me hacía salir de las fantasías de mis sueños, al principio oía su canto lejano y suave, para ir escuchando su llamada con más fuerza en la medida que salía del sopor del sueño, ya despierto, pero aún con los ojos cerrados escuchaba el potente estribillo de su tonada, anunciadora del brillo de la aurora. Las réplicas provenientes de los

corrales vecinos se multiplicaban una y cien veces a través de las gargantas de los madrugadores gallos trovadores.

A la derecha del corral se encontraba el pozo bajo un redondo brocal de cantería, de puntillas me asomaba a su interior para poder ver el oscuro y reluciente espejo prisionero de su fondo, me gustaba hablar con el fresco y silencioso pozo, escuchaba boquiabierto como mis palabras se iban redoblando mientras descendían por sus húmedas paredes. Mientras le contaba historias, veía mi silueta reflejada en la superficie del agua repitiendo los movimientos que con manos y brazos iban ocurriéndoseme, el sobrio pozo era el confidente de mis conversaciones y quimeras.

Detrás del pozo, una pared, su parte inferior se sustentaba en un lecho de piedras de granito separadas entre sí por unas irregulares líneas de argamasa bruñidas por blancas capas de cal, a partir de una altura semejante a la distancia que separaba el suelo de mi nariz formaban en la pared rectangulares bloques de adobes hasta llegar a los sólidos troncos de eucalipto, que soportaban el entramado y las tejas de la cubierta.

En el extremo opuesto a la posición del pozo se encontraba la doble puerta de la cuadra. La línea que separaban la piedra y el adobe partía la puerta en dos mitades horizontales, en su interior, un largo pesebre ocupaba la longitud de la estancia. Habitualmente ocupaban la cuadra una pareja de tordas mulas cuatroañas, una burra de orejas avispadas y pelo cano, por último la cabra Lunera. El tapiz del suelo estaba formado por paja de la siega, a la que día a día se iban agregando los excrementos que las bestias producían, para así crear el estiércol tan provechoso en las labores de campos y huertas.

Frente a la puerta de la cuadra se encontraba el acceso al pajar, lugar este de ocio, esparcimiento y siesta de los independientes gatos de la casa, pardo y rabón el gato, miel y suavidad la gata, este era su lugar preferido para descansar de las correrías nocturnas por campos y tejados.

Parte cuarta

En ocasiones, cuando alguna gallina se ponía clueca el Chacho le hacía un nidal en un oculto lugar del pajar, le ponía diez o doce huevos, para que los incubara, pasadas unas semanas, un día de repente aparecía en el corral seguida por unas bolas de suave algodón amarillo de las que sobresalían dos patitas por abajo, un blanco piquillo al frente y dos parpadeantes puntillos redondos situados al par por encima del pico.

Escarbaba la gallina mientras emitía un “cocorocó” acudiendo veloces los pollitos a picotear donde su madre había removido el suelo con las patas.

Faltaba ese año un inquilino en el corral, “el cochino”, todos los años anteriores su presencia se hacía indispensable en el animado corral. Cuando empezaban a despuntar los primeros brotes en los rosales, compraba mi padre un cochinitillo que no pesaría más allá de veinte libras, era de cuerpo alargado, negro su color, los prometedores perniles eran elegantemente largos, su única ocupación durante el día era hartarse de comer, para después tumbarse sobre las losas del corral.

Habas, cebada, trigo, harina de salvao, alfalfa, forraje, sandías melones y sobras de comidas eran los alimentos que componían su dieta diaria. Siempre me ha parecido el “cochino” un ser que roza la perfección, los ingentes atracones vegetales que meten en su buche, nos lo devuelve con creces en forma de alargados lomos, sabrosos jamones y paletillas, chorizos, morcillas, papada, morcón, costillares, buchón, orejas, rabo, patas y tocino, definitivamente el marrano es un animal generoso e inocente.

Generoso por el mucho bien que nos proporciona su descuartizado cuerpo, en forma de alimentos para el año venidero.

Inocente, porque su pantagruélica y regalada vida de placenteras comidas y holgados descansos, acababan de forma trágica un frío amanecer del mes de Diciembre.

Cuando llegaba a su fin el verano, cerdo ya pesaba dieciocho o veinte arrobas, le gustaba tenderse sobre el empedrado suelo del corral, para dormitar, mientras el sol daba calidez a su cuerpo, me acercaba a donde se encontraba el animal y le restregaba la panza, me gustaba oír los suaves gruñidos de satisfacción que emitía a cambio de una cosa tan simple como arrascarle la barriga.

No compró ese año mi padre el guarrino, me imagino que la idea de dejar el pueblo para emigrar a otras tierras ya le barruntaba por la cabeza, no queriendo por este motivo dejar al Chacho y a la Chacha el ingente trabajo que suponía la matanza, dada la avanzada edad de ambos.

Sentado en el umbral de la cocina fui contemplando uno a uno los rincones en los que tantas horas había pasado, aireaba el limonero su fragancia, los rosales huérfanos de rosas, mostraban el final del verano en sus maduras hojas, las arpidistras y enredaderas danzaban suavemente al compás que la brisa marcaba, los geranios daban color y armonía desparramados por el suelo y las paredes. Queriendo mantener en mi memoria allá donde me encontrara lo que era mí

patio de juegos y recreo, cerré los ojos y respiré profundamente impregnando todo mi ser con los colores, olores y sonidos del soleado corral.

Quinta parte

Mediada la tarde paró frente a mi casa la vieja tartana a la que yo veía pasar todos los días una vez por la mañana y otra por la tarde para llevar gente del pueblo, camino de la estación a Castuera.

Era un vehículo de color azul celeste con unas franjas amarillas que daban la vuelta horizontalmente desde la puerta del conductor a la de los viajeros. Tenía el motor en la parte delantera, semejaba el hocico de un jabalí, en la parte de atrás una escalera para subir al techo, una barandilla que apenas levantaba un palmo del mismo recorría el perímetro dándole la vuelta, era el lugar donde se colocaban las maletas y los baúles, cuando el coche pasaba camino de la estación parecía doblar su altura por la cantidad de bultos que llevaba sobre sí.

Mientras mi padre, y el chófer del vehículo subían a la baca los enseres que nos acompañaban en el viaje, mi madre tenía a Manolito entre sus brazos, la Chacha me cogía fuertemente de la mano, el Chacho me miraba con sus ojos claros y relucientes, tenía la gorra en una mano, la otra puesta sobre mi cabeza, yo les miraba un tanto compungido viendo sus caras tristes, sin duda no era capaz de comprender la importancia del momento, el tiempo, juez imparcial nos relata con su vara inequívoca las memorias de las gentes y sus circunstancias, a mí me dijo no pasando mucho tiempo que no volvería a ver más al Chacho, aunque sé que se fue pronunciando mi nombre, se acordó de mí cuando emprendió el viaje sin retorno, jamás lo he olvidado.

Subí al vehículo con cierta dificultad debido a la altura que los escalones de acceso al interior tenían, me acomodó mi madre en un asiento que daba al cristal de la ventana, desde fuera Manolito sentado a patacajones en el regazo de la Chacha me miraba sonriendo a las carantoñas que yo le hacía, mientras movía suavemente su manita izquierda diciéndome adiós, así los fui perdiendo de mi vista.

Empinó la tartana la ligera cuesta que conducía a la salida del pueblo, dejamos a nuestra derecha la cruz de Quintana, es esta una cruceta de cantería con una pequeña cruz de hierro forjado en su parte superior, situada en un pequeño altozano al que la carretera parte por la mitad, desde el cual se divisa Zalamea como media hostia consagrada.

Era la primera vez que montaba en un vehículo de motor, se ven las cosas de manera distinta desde un autobús, contemplar el paisaje por conocido que sea desde el asiento del voluminoso vehículo es ver las cosas de otra manera.

Pasamos frente a los solemnes cipreses que contemplan desde la altura de sus copas la silenciosa quietud de las ánimas del cementerio. No hacia mucho tiempo que mi abuela paterna Concha y mi abuelo materno Manuel, pasaron a ser hitos pasados en la cadena que la vida fue fabricando para que yo pudiera sentir las sensaciones diarias que se manifestaban a mí alrededor, allí estarán junto a los que antes fueron, esperando a los que después seremos, hasta que la más pequeña partícula de nuestros huesos se transforme en el fino polvo que da sentido y continuidad a los caminos de la vida.

Frente a nosotros se puede ver hasta donde alcanza la vista la inmensa dehesa salpicada de encinas, acogiendo en sus rubios pastos y marrones barbechos, los errantes rebaños de ovejas merinas que son carácter y fundamento de la leche, el queso, la lana y su propia naturaleza. Entre la dehesa y el pueblo, los olivares, surgidos de la tierra, dibujados con perfección sobre imaginarias líneas paralelas, separados entre sí lo indispensable para no sentirse solos, tan cerca los unos de los otros, que pueden concebir en sí mismo las ovaladas aceitunas, portadoras en su esencia del viscoso aceite, producto principal por su valor económico y alimenticio, en el acontecer diario de las familias.

Más adelante el "cruce," es este un encuentro de cuatro caminos que a modo de brújula imaginaria señala direcciones y destinos, desparramando por sus cardinales principales y secundarios las esperanzas e incertidumbres de las gentes que como nosotros, tuvimos que renunciar al derecho de perdurar en la tierra de nuestra nacencia ante decisiones tomadas por gentes que desconociendo el valor de la tierra, que ha modo de inmensas fábricas exentas de paredes y tejados, libres de humeantes chimeneas, permitían a los jornaleros campesinos vivir de los campos, dibujando trigales, rotulando huertas, esculpiendo olivos, garabateando la tierra con negras piaras de cochinos, mezclando el color de las dehesas con el suave discurrir de las merinas.

Pasado el cruce, la carretera se pierde en el horizonte, a ambos lados la dehesa se extiende hasta donde alcanza la vista, intercalados en su extensión, blancos cortijos.

Al fondo, sobresale un monte sin vegetación en su parte superior, es esta una sierra venerable por su antigüedad, me cuenta mi padre que se llama la sierra Lora se cuentan de ella viejas leyendas de tesoros ocultos entre su maraña de canchos y retamas. Años más tarde me contaría mi madre una historia real ocurrida en esa sierra, después de la guerra civil cuando los guerrilleros y los civiles mantenían los penúltimos estertores de la trágica guerra civil, una historia de amor, sufrida en silencio por sus protagonistas, aderezada por la intolerancia caciquil, tan enraizada en la tierra de mis mayores.

Sexta parte

Vencía ya la tarde, el sol tras la línea del horizonte enviaba con resplandecientes fulgores los últimos rayos del día, cuando el autobús paró frente a la estación del ferrocarril.

Con nerviosismo y prisas los viajeros trasladaban los enseres del abigarrado auto al interior del edificio que servía de estancia a los pasajeros. Un par de puertas daban acceso al andén, frente a este dos raíles de hierro paralelamente separados. Observados desde donde venían y contemplando hacia donde iban, la distancia entre ellos desaparecía, pareciendo fundirse en un solo carril.

Tras las vías del tren tierra sin límite, inmensidad de terreno de suaves lomas y quebradas, exento de arbolado, campos de trigos y cebadas, aposento y ruta de nómadas ovejas, lecho de agrietados granitos emergentes de sus entrañas, pulimentados sin prisas por el discurrir de los días y sus noches.

Mientras, atardecía, la oscuridad iba cubriendo el terreno con su mantón azabache, el cielo, con velo de raso, salpicado en su infinito por el tenue parpadeo de las estrellas, que como atrayentes mocitas, no faltaban a su nocturno paseo luciendo su distante belleza, pensaba yo en los días que habría utilizado el tiempo para reducir a su actual tamaño los originales granito insertados en la penillanura que rodeaba la estación, seguro que no existirían las personas sobre la tierra cuando las herramientas del tiempo comenzaron su labor de desgaste, en estos pensamientos estaba cuando a lo lejos oí por vez primera el sonido del tren, apenas se podía distinguir el avance de la locomotora por la penumbra reinante, rasgaba la oscuridad un potente foco de luz que avanzaba brillantemente unida al traqueteo del tren, las escasas luces del andén iban perdiendo intensidad por la aproximación de la luz del ferrocarril, también el sonido de este, iba reduciendo su potencia en la medida que lo tenía más cerca, pasó la locomotora lentamente frente a donde me encontraba, despedía hacia el cielo a través de la garganta de su chimenea una negra e intensa nube de humo mientras de sus enormes y relucientes ruedas salían con gran presión unas nubecillas blancas. Iban en la parte delantera de la locomotora dos hombres en camiseta con gorra de visera en la cabeza y la cara tiznada, cerraban y abrían con gran diligencia pequeñas manivelas y palancas con las cuales iban dominando la máquina hasta hacerla parar frente a la estación.

Mi padre buscaba el número del vagón que venía impreso en los billetes, en el cual teníamos que montarnos, mientras mi madre y yo hacíamos guardia al lado del baúl, las maletas y el resto de los enseres. No quedó muy lejos el vagón de donde nos encontrábamos, así que echamos mano del equipaje y comenzamos a subirlo al tren. Tenía el vagón ventanas a ambos lados, la parte

izquierda del mismo era un estrecho pasillo que comunicaba en el sentido del largo las dos puertas situadas en los extremos del mismo, el lado derecho estaba ocupado por varios compartimentos abiertos, en los cuales se hallaban situados los asientos, formados por robustas tiras de reluciente madera con un pequeño entreabierto entre tira y tira, asiento y respaldo tenían la misma composición, sobre ellos cercano al techo, unos estantes de madera muy brillante servían como reposo de baúles y maletas. En la parte superior del respaldo un número impreso en un redondelito de porcelana indicaba el asiento que debíamos ocupar durante el viaje. Depositamos el equipaje en la repisa y ocupamos nuestros asientos, recuerdo que a nuestro alrededor viajaban con escasas pertenencias y menguadas carteras gentes como nosotros, con la tez morena y embebida, moldeados por las fatigas de siegas y pesados arados, fraguados rostros llenos de dudas y esperanzas.

Un potente pitido nos indicó la inminente partida del tren, noté entonces como las mujeres que con nosotros compartían estancia lloraban en silencio, brillaban como ascuas los ojos de los hombres, no sabía si por decir adiós a la madre tierra que no compensó con estima y justicia el valor de los sudores y desvelos que a elle le dedicaron, o por las inciertas promesas de prosperidad y trabajo que ofrecían en otros parajes tan diferentes, allá en el norte.

Comenzada la marcha, el traqueteo del tren nos asumió de inmediato en su incesante vaivén, las ruedas repetían machaconamente un sonido metálico producido por la fricción con los raíles que servían de guía al galope del tren. Apoyé la nariz contra el cristal de la ventana tratando de escudriñar desde la mustia luz del vagón la cerrada oscuridad del durmiente horizonte, de tarde en tarde veía la lejana luz de algún cortijo adormecido en la dehesa, o el parpadeo refulgente de bombillas que iluminaban las calles de pueblos asentados lejos de las vías por las que el tren transitaba. Al cabo de un buen rato el vapor de mi respiración enmohecó el cristal de la ventana, y la escasa visibilidad que podía observar desapareció. Apenas llevábamos una hora de viaje, cuando el sopor del sueño me invadió, apoyé la cabeza en el regazo de mí madre para tratar de buscar en el sueño, la luz y el horizonte que la oscuridad me impedía contemplar.

Séptima parte

Soñé esa noche con lomas cubiertas por pegajosas jaras y retorcidas retamas, con verdes guarderías de trigo y cebada, acunados en gráciles espigas, balanceando su infancia al compás de la brisa, con el reluciente y liso empedrado de las eras recorridos por silenciosas caravanas de hormigas acarreando alimento a su oscura y profunda morada. Vi la arrugada cara del Chacho, su escaso pelo blanco, la entrañable mirada que desde sus claros ojos tantas veces me envolvió,

mientras me relataba sus andanzas por montes y dehesas. Me vi a su lado caminando bajo la fresca sombra que las encinas nos ofrecían, descubriendo los ocultos nidos que los pájaros del campo disimulaban entre terrones, frondas y hierbas, escuchando el encelado canto de las alondras en lo alto del cielo inundando el immaculado azul de ardorosos trinos enamorados. Asido a su arrugada mano paseábamos entre las flores que como cada primavera, gracias a la policroma paleta de abril y mayo nos mostraba el más amplio colorido que verse pudiera, percibí el manto blanco y verde de las jaras en flor, que envolvían con su vegetal manto las suaves lomas, veía el balanceo de alargadas hojas verdes, temblorosamente tímidas, asidas a las arrugadas ramas de los vetustos olivos.

En mis sueños contemplé la conversación que meses atrás había mantenido con él, motivada por una enorme grieta que observé en una gran piedra situada al borde del camino, tenía esta forma de huevo puesto en posición vertical, cada vez que acompañaba al Chacho y a la Chacha a lavar la ropa a la fuente del Hijuelo. La primera vez que vi la profunda grieta que seccionaba de arriba abajo la inmensa piedra, le pregunté al Chacho que como se las habían ingeniado los canteros para partir el cancho, él me miró y sonriendo me dijo “Antonio, poco tienen que ver los canteros en ese asunto, el tiempo es el patrón, sin prisas, con el paso de los días lo puede todo, “ yo me quede callado tratando de entender lo que no entendía, ¿cómo el tiempo iba a ser capaz de abrir semejante brecha en la gran piedra, si no disponía de palancas, ni cinceles, no podía usar martillos, ni porras, como iba a ser el tiempo, dije para mí.

Sentado sobre la burra recorriamos el camino, paso a paso íbamos alejándonos del pueblo, andado un buen trecho, volví la vista atrás, observé como con el alejamiento iban haciéndose más pequeñas las iglesias, el castillo y las casas, sin embargo la visión de todo el conjunto ofrecía una panorámica que se asemejaba a las casitas y al castillo que ponían en el portalito de Belén durante la Navidad, en la Iglesia de la Plaza.

Pasé un buen tramo del camino sin mencionar palabra alguna, el Chacho caminaba a nuestro lado acompañando el paso de la burra, en la que la hacha y yo íbamos montados, sabía el Chacho que yo no había dejado de cavilar sobre lo que hacia un rato me había dejado caer sobre “ el caminar del tiempo, “ y esperaba el momento oportuno para dar respuesta a mis pensamientos.

Divisamos al rato un pequeño arroyo que serpenteaba entre las bases de dos cercanos cerros. Había ido hozando la corriente el basamento de la tierra, dejando al descubierto el interior de rocas y piedras que componían la intimidad de sus entrañas.

Antes de cruzar la escasa corriente, paró el Chacho la burra diciéndome que me apeara, una vez en el suelo me llevó hasta un pedrusco situado en la orilla,

que levantaba más de un palmo por encima de mi cabeza, me dijo que pasara la mano por la superficie de la piedra, era su tacto fresco y suave, ausente de aristas y rugosidades, me recordaba la pulida cantería que había en el umbral de la casa. Me aupó sobre la piedra y me dijo “ el tiempo es algo que no se ve ni se palpa, no tiene ni principio ni fin, y aunque no lo podamos ver, tocar, o sentir siempre está presente, no duerme ni anda, ni sueña, ni ama, porque de nada de esto necesita.

Posee en su propia existencia elementos visibles y otros que no lo son, de los que se ha valido y seguirá valiéndose para moldear el mundo a su forma y capricho, lleva en su linaje la noche y el día, el frío, el calor, la lluvia y el viento, nieves, granizos, rayos y relámpagos, que son entre otros las manos que ha utilizado para moldear los montes, los llanos, las fuentes. los regatos, los valles y montañas, en fin todo aquello que puedan contemplar tus ojos. Para partir el cancho que vimos hace un rato, ha utilizado junto a una porción de su eternidad el calor de los días y el frío de las noches, con estos simples aperos se ha valido para partir la piedra, sin necesidad de dar un solo golpe sobre ella.

Observa la peña sobre la que estas sentado, cuando la tierra la arrojo de su seno, seguramente que era rugosa y deforme, el tiempo con los avíos que te he mencionado, ha ido afinando sus arrugas y transformando su tullida masa en un pulido volumen, vistoso y agradable de contemplar y tocar, el roce del agua, unido a las materias que la corriente arrastra han motivado su actual forma.”

Octava parte

Apareció en mi viajero sueño la historia que una vez me contó ocurrida una noche de luna llena, en la que los lobos atacaron la majada de ovejas, una de las fieras quedó enredada en la red del redil que daba cobijo al rebaño, los mastines peleaban a dentelladas con el fiero lobo y Él, escopeta en mano trataba de disparar sobre el devorador de ovejas, por el temor de herir a alguno de los perros, abandonó la escopeta y navaja en mano, con la inestimable ayuda de los canes puso fin a la vida del merodeador. En esa época el lobo era considerado una bestia dañina, por lo que matarlos estaba recompensado con unas monedas de la época, por ello al día siguiente con la alimaña atada a los lomos de la burra se fue al Ayuntamiento de Zalamea para recoger la recompensa que por la vida del lobo ofrecían.

Soñé con las calles y casas de mi pueblo, me vi caminando por los caminos y campos que tanto me atraían, recorrí mi pequeño universo que atrás se había quedado cuando partimos de la estación de Castuera, sin estimar que sería por tantos años. De cuando en vez me despertaba por el monocorde ruido del tren,

para sumirme de nuevo en el sopor del sueño, así fue pasando la primera noche lejos de mí casa.

Se mostraba la tenue aurora cuando recorriamos el tramo de vías situado entre los pueblos manchegos, cuando llegamos a Manzaneque, el sol asomaba tras los montes en su eterna misión de darnos luminosa claridad durante el día, para cuando cayera la tarde, retirarnos sus tórridos rayos y ofrecernos la recogida oscuridad y el descanso de la noche.

Pensaba que igual que los hombres, las mujeres, las bestia y las plantas, el sol descansaba por la noche, que saber diferenciar la cantidad de luz y calor que tenía que repartir a cada componente animal, vegetal o mineral que yo veía en mi pequeño mundo, tenía que ser una labor complicada y trabajosa, porque la luz y el calor que necesitaba una delicada amapola oculta entre las cosechas, no tenía que ser la misma que aplicaba para que madurasen los rubios trigales, tampoco debía administrar la misma medida a las viejas encinas, que a los verdes olivos, pues en dimensión y corpulencia las primeras cuadruplicaban a estos.

Tenía picor en mis somnolientos ojos, me los restregué con el dorso de las manos y esto hizo que saliera de mis cavilaciones, luego bostece, mientras levantaba mis brazos hacia el techo. Mi madre me preguntó si tenía hambre, le contesté que sí, sacó de la cesta de mimbre una tartera de aluminio, sacó de su interior una jugosa tortilla de patata, cortó con una usada navaja de cachas de encina y brillante hoja una rebanada de pan de trigo y puso sobre ella un buen trozo de tortilla. Mientras comía el almuerzo observaba a través del cristal los campos que recorría el convoy camino de Madrid, de esta manera fui dando cuenta de la deliciosa tortilla y el recio pan de trigo.

Al poco de desayunar, me ofreció el azar la primera imagen que hizo abrir una ventana a mi comprensión de lo que en adelante sería la realidad de la vida. Venía por el estrecho pasillo del vagón un hombre moreno, enjuto, espigado, de grandes y tristes ojos, llevaba barba de varios días, una camisa macilenta a la que faltaba algún botón en la pechera, el bajo de los raídos pantalones de pana negra descansaba sobre unas viejas alpargatas de oscurecida lona y desgastado esparto, tenía las manos sobre su vientre, muy juntas, apretadas por unas anillas brillantes de hierro, que con toda seguridad le impedían mover libremente los brazos, a cada lado un civil, me impusieron respeto los dos civiles, llevaban sobre su verde uniforme un correa de cuero negro que les recorrían el pecho y la espalda, iban unidos a un ancho cinturón que tenía a la altura de las caderas unos estuches también de cuero, en los que algo debían de portar, unas botas negras de hebilla que les subían un palmo por encima de los tobillos cumplimentaban su indumentaria. Portaban los dos colgadas al hombro algo que se parecía a una escopeta, uno de ellos tenía un grueso y lacio bigote, y ambos parecían tan cansados como el hombre que llevaban entre ellos.

Me miró aquel hombre intensamente, no fui capaz de comprender la aflicción de su mirada, me recordó la cara de la imagen del Cristo Nazareno que todos los años en la Semana Santa sacaban en procesión. Con paso lento pasaron los tres al lado de donde me encontraba sentado, continuando pasillo adelante, me incorporé para volver a ver de nuevo al preso, mi madre me cogió de la mano y me dijo que me quedara sentado en mi sitio.

Quedó impresa la imagen del hombre en mí, no entendía que podía haber hecho para llevarlo de esa manera, ¿habría robado alguna gallina y por eso lo llevaban preso, ¿pero esa era poca razón para conducirlo así, a lo mejor había robado mucho dinero, o tal vez había peleado con alguien y lo había dejado malherido y eso si pudiese ser motivo de su desdicha. Así estuve un buen rato dándole vueltas al asunto, llegando a la conclusión que la mirada con la que me observó se asemejaba a la que el Chacho me dedicó cuando me monté en el autobús que nos llevaba a la estación de Castuera, por eso pensé que quizás el hombre debía de tener hijos, alguno de mis años y seguramente cuando me vio le recordé a su muchacho.

Empezaba a ser sofocante el calor dentro del tren, mi padre me sacó al pasillo y bajó una de las ventanas para refrescar el compartimiento, la curiosidad hizo que asomara la cabeza al exterior, que sensación tan agradable sentí con el viento del campo dándome en la cara. Veía a lo lejos como la máquina del tren, dejaba a su paso una columna de espeso humo, que en ocasiones se elevaba buscando la compañía de las nubes y otras jugaban al escondite entre los vagones que perseguían incansablemente la ruidosa locomotora.

Trazó el tren una larga curva interior, desde el vagón en el que viajábamos podía ver perfectamente de principio a fin toda la longitud del convoy, hubo un momento en el cual una inmensa humareda barrió todos los ventanales del lado en el que yo me encontraba, un fuerte olor a carbón quemado inundó mis fosas nasales y alguna minúscula porción de carbonilla que acompañaba al humo se metió dentro de mis ojos, esto hizo que me apartará rápidamente de la ventana, teniendo que ir con mi madre al lavabo para que me lavara la tiznada cara y me limpiase el lagrimeo de mis ojos producido por la carbonilla.

Incansable el tren proseguía con su monocorde traqueteo, sentado de nuevo sobre el duro asiento, pegué mi nariz contra el cristal de la ventana, observé como las recogidas casitas que formaban los pequeños pueblos que el tren, iba dejando atrás, en su incesante recorrido se transformaba en poblaciones con muchas más casas, las más altas y grandes que hasta entonces yo había visto, también se veía muchos coches y camiones por la carretera que discurría muy cerca de las vías del tren, casi sin darme cuenta desapareció el campo de mi vista, el lejano horizonte no se encontraba allí, en su lugar casas, grandes casas muy

seguidas unas de las otras, atravesadas por calles y aceras llenas de coches y gente. Con el bullicio de la ciudad fueron poco a poco desapareciendo la velocidad y el ruido que producía el tren. ¡Mira Antonio, esto es Madrid!, dijo mi padre, yo estaba abrumado ante la magnitud de aquella ciudad que jamás imaginé que pudiera existir, pero a mí me parecían más entrañables las pequeñas callejas y casas de mi pueblo.

Novena parte

En esas estaba, cuando paró el tren definitivamente, las mismas prisas que nos acompañaron cuando subimos al tren en Castuera, volvieron a aparecer con motivo de la llegada a Madrid, mi padre y mi madre echaron mano del pesado baúl y las dos maletas, yo por mi parte con la cesta de mimbre asida a mi mano recorrí el pasillo sin separarme de mí madre, bajamos las empinadas escaleras que separaban el suelo del andén del firme del vagón, en cuanto pusimos el pie en tierra se dirigió a nosotros un hombre que arrastraba un carro de mano de dos ruedas, muy parecidas aunque más pequeñas que las que llevaban los carros en mi pueblo, iba uniformado con una chambra azul y una gorra del mismo color ¡Trasbordo a Chamartín; voceaba, ¡Trasbordo a Chamartín;

- “Oiga, nosotros vamos para allá”, le dijo mi padre,

- “Pues nada, paisano, un real le cuesta llevar el equipaje a la tartana.”

- “Hecho está”, dijo mi padre. Subieron el baúl y las maletas sobre el tablado del carrito y seguimos adelante.

Nos mezclamos entre el gentío que abarrotaba los andenes, un sinfín de hombres de chambra y gorra azul con sus carritos cargados de maletas y baúles se dirigían hacia la salida de la estación, los viajeros como hipnotizados los seguimos muy de cerca vigilando los enseres que arrastraban con sus carros.

Ya en la calle, el sol del otoño lucía en el cielo calentando con tibieza la mañana de Octubre. Había muchas tartanas parecidas a la que nos llevó a Castuera aparcadas en las calles que discurrían cerca de la estación. Se paró el mozo que llevaba nuestro equipaje al lado de una de ellas.

“Estos van al norte, tienen que hacer trasbordo hasta la estación de Chamartín”, dijo el mozo al conductor de la tartana.

Se dirigió el chófer del vehículo a mi padre diciéndole,

- “Mire usted, el viaje para los tres y el equipaje les cuesta veinte reales.”

Asintió mi padre a la propuesta y de nuevo baúl y maletas volaron a las alturas del vehículo, sentándonos a continuación en el interior del coche, poniéndonos al lado de una ventana. Esperamos cerca de media hora, hasta que el autobús se lleno de gente, que como nosotros tenían su siguiente destino en la estación del Norte.

Atravesamos Madrid de Sur a Norte, de la estación de Delicias a la de Chamartín, pude ver durante el trayecto parques con hierba muy verde, con grandes árboles muchos más altos y frondosos que las encinas que había en las dehesas de mi pueblo, vi también una fuente en medio de un cruce de calles, que lanzaba potentes chorros de agua a la altura formando al subir fugaces formas llenas de belleza, que desaparecían en cuanto el agua descendía, edificios muy altos, tanto que casi tocaban las nubes, eran tan largos como una calle de Zalamea, con tantas ventanas que enteramente parecían las celdillas que tenían los panales de abejas, que por los campos de mi tierra había. Se veía mucha gente por las calles, tantas personas había, que solo en la feria de mi pueblo, cuando el Tablao y la calle de la Feria se ponía de bote en bote con los puestos de feriantes y gente paseando, se podía comparar con el gentío que caminaba por Madrid, con la diferencia que todas las calles por las que discurría la tartana estaban repletas de personas, y en mi pueblo había que esperar a la feria de Septiembre para ver algo parecido.

Que bonita era la Feria de mi pueblo, con sus calles engalanadas, como lucía la gente la ropa de domingo paseando por el Tablao. Era el Tablao un parque casi huérfano de árboles cuatro o cinco moreras ofrecían su sombra a la fachada del ayuntamiento, tenía el suelo irregular, terroso, una pared de cantería de cuatro palmos de altura recorría casi todo su contorno, sirviendo a la vez como límite de la plaza y de asiento para las gentes, ah, sí las viejas piedras pudieran contar las historias de que se fraguaron sobre su duro aposento, las promesas de amor que habrán escuchado sus escondidos oídos, cuantas garrotas apoyadas en sus redondeados bordes habrán descansado del apoyo andariego prestado a sus viejos dueños, mientras estos relataban entre sí historias y chascarrillos de sus azarosas vidas, niños corriendo sobre su alargado espinazo gris, perseguidos por las precavidas voces de sus madres.

-“Eduardito, ten cuidao no te vallas a caer.”

Muchachos de verano jugando a los bolindres arrimados a la escasa sombra dibujada por la reducida altura de sus formas.

En septiembre montaban las ferias en el Tablao, era el sitio de disfrute de niños y mayores, columpios, altas norias, caballitos, casetas de tiro, puestos de dulces y golosinas, terrazas llenas de sillas y mesas alrededor de una pista de baile, más de

un mareo me costó montar en los caballitos de colores que con las patas delanteras levantadas y el eterno relincho en sus inmóviles bocas daban sin descanso mágicas vueltas prisioneros en su entorno de quejosas maderas y luces de colores.

Me gustaba escuchar el sonido nocturno de la orquestina, sentir como se escapaba de la plaza para extenderse bullicioso a través de calles y tejados, hasta llegar a los primeros barbechos que rodeaban el pueblo y allí engatusados por las decapitadas espigas, me imaginaba como se acomodaban silenciosos sobre los mutilados tallos para oír los mágicos sonidos nocturnos del campo que hasta entonces seguro nunca habían escuchado.

En estos pensamientos estaba, cuando la tartana que nos trasladaba por Madrid se paró frente a un gran edificio muy parecido a la estación del tren que habíamos dejado atrás media hora antes.

- "Hemos llegado a Chamartín", dijo el chofer. De nuevo recogimos los enseres del autobús, los cargamos en un carrillo que arrastraba otro hombre con chambra y gorra azul y pausadamente lo acercó al andén donde se encontraba parado el tren que nos llevaría hasta nuestro desconocido destino San Sebastián.

Décima parte

Cansancio y aburrimiento fueron nuestros compañeros en el andén hasta que sonaron las seis de la tarde, en el redondo reloj que presidía la doble puerta que daba acceso a la estación, en ese momento inició el tren la marcha. Poco después el cansancio pudo con mis ganas de observar los paisajes que el tren atravesaba en su recorrido, me dormí profundamente, cuando desperté era ya noche cerrada, la tenue luz del vagón reflejaba mi imagen en el cristal de la ventana, esto tan solo era lo que la oscuridad de la noche me permitía ver, así fueron transcurriendo las horas.

Cuando el sol permitió la primera claridad a la mañana, descubrí un paisaje totalmente distinto al de mi pueblo, me daba la sensación de estar encajonado dentro de los montes que por todos lados había, la línea del horizonte tan lejana en los campos de mi tierra la teníamos encima de nuestras cabezas dibujando el quebrado perfil de las montañas.

Atravesando valles y montañas continuo nuestro viaje. Un río de claras agua jugaba zigzagueando de un lado a otro con el recorrido del tren. Muy próximo a nuestro camino se veían pueblos envueltos por la bruma, algunos de ellos con escasas casas, otros muy grandes, en estos se veían grandes edificios grises con altas chimeneas por las que salía un denso y negro humo.

Verdes prados encharcados de agua jalonaban el camino, respunteadas en su interior las vacas indiferentes pastaban la abundante hierba que el campo les ofrecía, el plomizo cielo, como el horizonte parecía estar al alcance de la mano, de esta manera fue transcurriendo el viaje hasta la llegada a San Sebastián.

Sobre el silencioso andén descargamos nuestras vidas, asidos al equipaje salimos a la calle. Una fina lluvia saludó nuestra llegada.

Han pasados ya muchos años, pero no por ello ha desaparecido el chiquillo soñador y sensible, que conmigo va a todos lados. Sigue preguntándose como pudo haber sido la vida que no llegó ejercer en aquel entrañable lugar, y que tan solo con otro sueño ha podido encontrar respuesta.

*Nuestras manos campesinas, que tallaban día a día
tiernas espigas de trigo, en dehesas infinitas,
se olvidaron de la siembra, de la siega, de la trilla
de esculpir la dura tierra con arados y azadillas,
para crear los garbanzos, las patatas, hortalizas,
desmochar parras de vid, recoger verdes olivas.
Atrás quedaron las sombras de las vetustas encinas
que paraban la calor, allá por la mediodía.
Cuando cesaban las hoces de cortar rectas espigas
y reparaba el cansancio el gazpacho y la tortilla,
muda se quedó la mies, sobre la tierra extendida
formando racimos de oro, en verticales gabillas.
Olvidamos la ecuación que la tierra nos brindaba
sumando noches de enero, barbechos y madrugadas,
sones de lluvia al caer, vertederas afiladas,
carros, trabajo, silencio, azules cielos, chicharra.
Fue en Octubre por la tarde cuando la luna asomaba,
y el sol buscando sosiego, con las sierras se arropaba.
Caminamos con nostalgia, dibujando la distancia,
añorando nuestros pasos, por las eras solitarias,
mientras, tocaban a duelo en las torres campanas.*